

ojos de todo observador atento aparecían ya los gérmenes de las dificultades que no habían de tardar en desarrollarse para llevar después la confusión á todas las cosas. Pero las apariencias eran asaz brillantes, y forzando ligeramente los colores, no era imposible, sin alterar mucho la verdad, componer para uso de Europa un cuadro seductor. En 27 de noviembre de 1863, el general Almonte había anunciado al archiduque Maximiliano que las tres cuartas partes del territorio y las cuatro quintas partes de la población estaban ganados para el Imperio. Anunciaba, igualmente, la retirada de Juárez, el desconcierto de los liberales y la marcha triunfal del ejército franco-mexicano. Confesaba que había algunas dificultades en el orden religioso, pero sin insistir mucho sobre tan desagradable complicación. «La resistencia, añadía Almonte, no consiste ya sino en actos aislados de banditismo; la represión de esos desórdenes es cuestión de policía y de gendarmes... Considero el Imperio como un hecho consumado.» Y saludando ya al príncipe con calificaciones soberanas, concluía en estos términos: «Espero, señor, recibir pronto la noticia de la venida de Vuestra Majestad (1).» Así se expresaba el personaje que resumía en sí al *Consejo de Regencia*. Este es el momento en que el archiduque entra definitivamente en escena. Según los aduladores, á él tocaría pronunciar la palabra decisiva que iba á fijar los destinos de México.

II

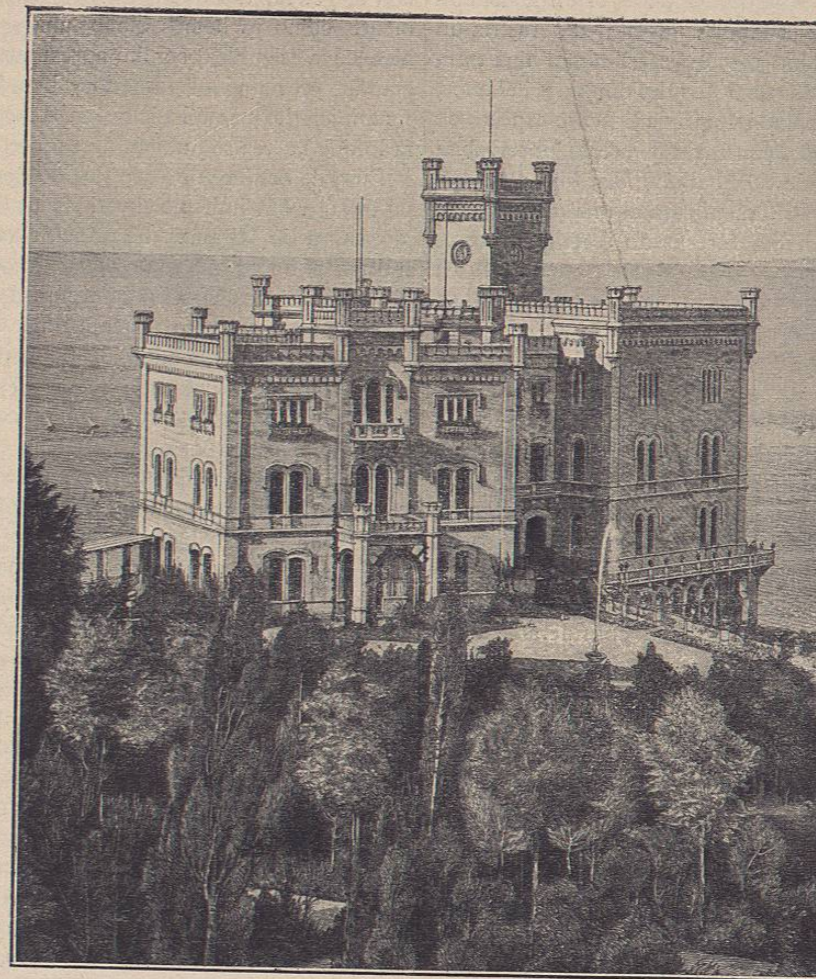
El que el mundo iba á conocer con el nombre de emperador Maximiliano había nacido en Schenbrunn el día 6 de julio de 1832. Era hijo segundo del archiduque Francisco Carlos y de la princesa Sofía de Baviera. Su hermano mayor, Francisco José, había ceñido en 1848 la corona de Austria. Tan próximo al trono, el joven archiduque parecía destinado á esa vida fastuosa y algo estéril de los príncipes á quienes su sangre promete todos los esplendores, pero que se harían sospechosos de arrogarse las atribuciones del monarca si desplegasen una actividad excesiva. Como muchos segundos de sangre real, Maximiliano sintió pronto la impaciencia de aquella brillante servidumbre. Tenía sed de aventuras, visiones de gloria y, en medio de las dissipaciones de la juventud, se lanzaba hacia un mundo ideal. Una de sus pasiones fué el mar. Este le ofrecía la imagen de lo desconocido y evocaba en su alma esperanzas infinitas. Era aficionado á los contrastes: primer príncipe de la sangre en una monarquía casi únicamente continental, parecía natural que ciñese la espada: pues esto bastaba para que desdeñase lo que parecía la suerte común. Su mirada se fijó en ese rincón meridional del imperio en que el Adriático socava las riberas de la Istria. Su verdadera patria fué Trieste. Fué marino y honró la profesión. Todo estaba por crear: gracias á esfuerzos dignos de elogio, él logró constituir, para el mayor provecho de su país, una fuerza naval no muy importante todavía, pero ya respetable. Durante algunos años paseó el pabellón del imperio por todo el Mediterráneo. Mucho más tarde, lo hizo ondear hasta

(1) Véase Manuel Doménech, *Juarez y Maximiliano, Correspondencias inéditas*, tomo III, págs. 156-158.

en las costas del Brasil. En tan remotas excursiones mostrábase almirante y príncipe, pero, más que nada, se mostraba artista. Buscaba en todo la poesía de las cosas y le gustaba bajar á tierra, ya para observar los monumentos de las civilizaciones antiguas, ya para estudiar prácticamente la botánica que cultivaba con ardor. De vez en cuando consignaba sus impresiones en una especie de diario en que se manifiesta sin reticencias, con su afición á los viajes, su desdén por las cosas vulgares, su espíritu más vasto que preciso, sus facultades más distinguidas que superiores, su alma más simpática que fuerte y sus arranques de ambición, pero de ambición aún soñadora y sin finalidad. En una monarquía absoluta, todo príncipe que se aleja de la corte es fácilmente tachado de liberalismo. Maximiliano pasaba por liberal, y con razón. Lo que era causa de celos en los Estados hereditarios de Austria podía convertirse en ventaja en las posesiones italianas del imperio. En 1857, como Francisco José pensaba atraerse por medio de la suavidad á los que hasta entonces había contenido por medio de la fuerza, confirió á su hermano el virreinato de las provincias lombardo-venecianas. Los italianos han conservado el recuerdo de este príncipe, joven, guapo, esbelto y elegante, verdadera personificación de las razas del Norte en lo que tienen de más refinado y más cumplido. El archiduque llegaba lleno de promesas, y sus palabras, expresión de su alma sincera, no respiraban más que mansedumbre, reconciliación y esperanza. Cavour, que vigilaba allende el Tesino, tembló en un principio, según dijeron, temiendo haber encontrado al hombre que pondría á raya su fortuna. Los italianos resistieron á las seducciones como habían resistido á los rigores. A la hora del *Angelus*, cuando Maximiliano, mezclado con el pueblo y sin ningún séquito, se paseaba por la carrera de la Puerta Oriental, los milaneses se apartaban respetuosamente para saludarlo: si al día siguiente, rodeado de una escolta y en el aparato de su dignidad, se presentaba en público, ninguna frente se descubría. Así marcaban la diferencia entre el particular cuyo liberalismo honraban, y el archiduque de Austria, representante de un régimen condenado. En Viena el partido militar reprobaba todos aquellos inútiles halagos. A principios de 1859, como la guerra parecía probable, el archiduque fué llamado á la capital austriaca. Desde entonces el príncipe vivió algo retirado, en una especie de semi-desgracia, aunque muy dulce y sunfuosa. Cerca de Trieste y en la costa del Adriático, un sitio á propósito para la imaginación de un artista había atraído sus miradas. A fuerza de dinero y sin reparo en dejar escapar todos los raudales de su fortuna, hizo surgir de aquella costa desierta una soberbia morada, el castillo de Miramar. Allí reunió sus colecciones, sus objetos de arte, sus recuerdos de botánico, de arqueólogo y de viajero: allí encontraba de nuevo todo lo que era objeto de su predilección, la flora de las regiones más meridionales, el sol caliente que inundaba los pórticos, el mar de que estaba más enamorado que nunca. Aquellos parajes aún se hallan llenos de su recuerdo y parecen consagrados por su trágica suerte. Las inquietas ambiciones penetraban hasta aquel dichoso retiro, y el reposo mismo era agitado. La vida de familia, lejos de calmar sus deseos, los había espoleado. En 1857, el archiduque se había casado con

Carlota de Sajonia-Coburgo, hija del primer rey de los belgas. Bella, inteligente, instruida, aficionada á los negocios y muy apta para manejarlos, de espíritu resuelto con un ligero matiz imperioso, mezclando en su sangre los ardores de los Borbones con las vehementes ambiciones de los Coburgo, la princesa estaba, como su marido, ávida de grandezas, pero de otro modo, con más precisión en las miras, más perseverancia, más sagacidad para acechar y asir la ocasión. La naturaleza, al

se entablaron algunas negociaciones, aunque muy vagas, con Maximiliano: no se trataba de gobernar en Europa algún pobre estado de tercer orden, sino de regenerar el país de Hernán Cortés, de levantar el imperio de Itúrbide, de poner en práctica los recursos de una de las regiones más ricas del globo. Así hablaron los emigrados mexicanos, pero sin insistir más y sin que el príncipe se dejase persuadir entonces. En otoño de 1861, cuando Francia, Inglaterra y España prepara-



Palacio de Miramar á orillas del mar Adriático

negarle los goces maternales, había llevado á la política todo lo que otros cuidados hubieran absorbido. En los tranquilos esplendores de Miramar sorprendiale de vez en cuando el deseo de desempeñar algún papel brillante, aunque fuese á través de azares ó peligros. Pero, á diferencia del archiduque, no le gustaba inmovilizarse en la región de las quimeras; aspiraba á sacudir las sombras germánicas en que Maximiliano hubiera medido gustoso su pensamiento; y su espíritu resuelto, positivo, ávido de acción, iba á elevarse hasta la realización del designio que su esposo se hubiera quizá contentado con soñar.

Para los príncipes cansados de reposo, Europa tiene de reserva coronas tan pobres de joyas como estrechamente tejidas de espinas. Grecia y los Principados danubianos han sido en nuestro siglo otras tantas salidas para las ambiciones disponibles. Se dice que ya en 1859

ban la Convención de Londres, se reanudaron las negociaciones con el asentimiento del emperador Napoleón, que recomendó la elección del archiduque. A las proposiciones que le fueron transmitidas, Maximiliano dió una contestación que, sin ser decisiva, no destruíó ninguna esperanza: importaba que la nación mexicana manifestase antes sus deseos: mientras esto no ocurriera, todo acuerdo sería prematuro y parecería usurpación del derecho popular. Esta doctrina era la de las Tulleñas, y no cabía duda que había sido dictada de París. Durante los meses siguientes, los periódicos franceses discutieron libremente la candidatura del príncipe. Habiendo sido anunciada por el *Morning-Post* (1), el *Monitor* reprodujo en parte el artículo, como para confirmar la información. El rumor circuló con tanta persis-

(1) *Morning-Post*, 4 de febrero de 1862.

tencia, que el público creyó que se trataba de una cuestión arreglada. «El archiduque arde en deseos de ser emperador (1),» escribió Thouvenel á Flahaut. Napoleón veía más de una ventaja en la candidatura austriaca. La elección recaía en un príncipe ajeno á los tres Estados aliados, lo cual evitaría todo sentimiento de celos. Se esperaba, se quería esperar que el gobierno de Viena vería con gusto la elevación del archiduque y que, bajo la impresión de este proceder, se debilitaría el desagradable recuerdo de la última guerra. Otra consideración más poderosa obraba en el espíritu del emperador. Asegurar á la familia imperial de Austria un trono allende el Atlántico, ¿no sería facilitar una transacción respecto á Venecia? Los diplomáticos italianos, siempre vigilantes, habían comprendido ese aspecto de la cuestión mexicana y con ansioso interés observaban sus fases. En enero de 1862, al anunciar lord Palmerston la candidatura de Maximiliano al marqués Manuel de Azeglio, éste se había apresurado á replicar: «Nos alegraríamos muchísimo de que Austria encontrase en América la compensación de lo que nos vemos obligados á pedirle en Europa (2).»

Las negociaciones, vivamente empezadas, quedaron pronto en suspenso. Inglaterra acogió desdeñosamente la combinación y desde un principio cuidó de declinar toda responsabilidad en la aventura. España se irritó de haber trabajado para otro. En cuanto al Austria, rechazó con altivez la perspectiva de un favor, y negó, sobre todo, que las provincias venecianas pudiesen ser cambiadas por un imperio mexicano. Desechada por todas partes, Francia pareció reducir al estado de idea vaga lo que poco antes había sido considerado como cosa casi resuelta. En marzo de 1862, Billault, hablando de la candidatura del príncipe, se expresó en estos términos: «Los oficiales franceses que partían para México anunciaron que iban á fundar un trono en favor de un archiduque austriaco: ¿qué autoridad puede atribuirse á semejantes afirmaciones?» En junio, el mismo ministro, volviendo á hablar del mismo asunto, confesó que habían mediado algunas negociaciones, pero que no habían pasado de la importancia de «simples conversaciones diplomáticas.» Al año siguiente el lenguaje fué casi igual: el nombre de Maximiliano, al decir de los oradores oficiales, había sido pronunciado sin duda; pero el principal fin de la empresa no había sido en manera alguna el crear un imperio en México. Esa indiferencia por un proyecto casi publicado al principio, ¿era sincera ó fingida? La verdad es que la resistencia de los juaristas contrariaba mucho el plan primitivo. Además, la atención de Napoleón era distraída de México por toda clase de complicaciones europeas: la Italia imperfectamente pacificada, la Polonia en plena insurrección, y la Alemania, cuyos primeros manejos ambiciosos no era difícil discernir. De aquí ciertas vacilaciones; de aquí, á veces y sobre todo en 1863, hacia fines del segundo sitio de Puebla, el oculto deseo de abreviar la cuestión mexicana y de tratar con cualquier hombre de orden que no fuese Juárez. En medio de esas incertidumbres, el archiduque esperaba en Mi-

(1) Carta de 22 de enero de 1862 (*Le Secret de l'Empereur*, tomo II, pág. 227).

(2) Véase *Lettere e documenti del Barone Ricasoli*, tomo VI, págs. 330 y 357-361.

ramar. La duración de la guerra, la frialdad del gobierno inglés y aun la actitud más silenciosa de Francia, eran propias para hacer ver claro en la cuestión; pero, á intervalos, se apoderaba de él la ambición, y con ella la impaciencia del reposo: se ha dicho también que, arruinado por las profusiones de Miramar, se dejaba atraer por las pretendidas riquezas de México que le ayudarían á reparar las brechas de su fortuna privada.

Mientras tanto Forey, vencedor de Puebla, marchaba sobre México. Una vez en la capital, condujo la política con mayor rapidez que la guerra. Convocó apresuradamente, como ya hemos dicho, una asamblea de notables, cuya asamblea, con un apresuramiento no menos grande, proclamó el Imperio y llamó á Maximiliano. Esta iniciativa precipitada obligaba á resolver sin demora lo que tal vez se hubiera deseado eludir.

En 3 de octubre de 1863, los delegados, encargados de llevar á Maximiliano el voto de los notables, llegaron al castillo de Miramar. El príncipe manifestó su gratitud por el honor que se le hacía: no se negaría á dirigir á México por las vías del orden, de la libertad y del progreso: pero el voto reciente no le parecía más que una primera señal de adhesión popular: que el pueblo manifestase su voluntad por medio del sufragio universal, y entonces, sólo entonces él se consideraría legítimamente elegido; por otra parte, no ceñiría la corona sino con el consentimiento del jefe de su familia y con la condición de que se le diesen «sólidas garantías para lo porvenir.» Así habló el archiduque. A juzgar por sus palabras, la aceptación era condicional y bastante rodeada de reservas para dejar expedita la retirada. Era dudoso que la consulta nacional pudiese realizarse del mismo modo en todas las provincias. Y ¿qué significaban aquellas «sólidas garantías» necesarias para el porvenir? El príncipe entendía con eso que las potencias signatarias del Tratado de Londres garantizaran su trono, que Francia proveyese á su establecimiento y le asegurase un auxilio permanente? Sea como fuere, las intenciones del archiduque se revelan en la correspondencia que desde aquella época sostuvo con el general Almonte, jefe real de la Regencia. En sus cartas quiere seguir día por día todo lo que se dice y se hace en México; da consejos que parecen órdenes; cuenta las adhesiones y calcula las hostilidades que aún subsisten; se considera como virtualmente responsable de un poder que ya parece ejercer, y procura sobre todo desmentir todos los rumores que le suponen perplejo ó irresoluto. «Tened por seguro, mi querido general, escribe en 4 de noviembre de 1863 (3), que no vacilo en manera alguna: mi resolución está bien tomada, y desde mi discurso del 3 de octubre proclamada queda á la faz del mundo entero.» En 10 de enero de 1864 renueva las mismas afirmaciones: «Mi resolución está tomada, lo repito, desde el 3 de octubre, y tan pronto como las negociaciones relativas á las garantías que se deben obtener para la nueva monarquía habrán surtido efecto, estoy dispuesto á satisfacer el deseo de los mexicanos (4).»

No puede negarse, pues, que el infortunado príncipe experimentaba desde aquella época la fascinación de su

(3) Véase *Monitor* del 5 de febrero de 1864.

(4) Véase Manuel Doménech, *loc. cit.*, tomo III, pág. 157.

fatal Imperio. Y, sin embargo, ¿qué de motivos había entonces todavía para detenerse ó desistir! ¡Y qué de claridades no hubieran llegado hasta el castillo de Miramar si los ojos del pretendiente no se hubiesen negado á ver todo lo que no era su sueño! Los avisos procedían de México, de Europa, de la misma Francia.

En México, los liberales más moderados habían anudado algunas inteligencias en el círculo de relaciones íntimas de Maximiliano, y se aprovechaban de ello para hacerle ver documentos de toda clase y demostrarle los peligros de su tentativa. Se trataba de adversarios y su juicio podría ser recusado. Lo que no era sospechoso eran los despachos de Almonte. A través del optimismo ordinario de sus afirmaciones se desprendía á veces una nota alarmante. El general no disimulaba las divisiones que ya se habían introducido hasta en el consejo de Regencia: los unos, sumisos al clero y llevando la reacción hasta el último extremo, aspiraban á revocar en masa las leyes de secularización dictadas por Juárez y á anular todas las ventas eclesiásticas; los otros buscaban los términos de una transacción que satisficiera á medias al episcopado sin exasperar á los detentores de las propiedades nacionalizadas. «Salvo esta sensible cuestión, todo va de prisa y bien,» añadía Almonte. Esa «sensible cuestión,» por sí sola, podía paralizarlo todo.

La opinión de Europa — del Austria y de Inglaterra sobre todo — era también muy propia para sugerir al príncipe saludables reflexiones. En Austria, los amigos y la familia del archiduque ora le manifestaban su desaprobación con su silencio, ora le exhortaban para que apartase de sí los engañosos favores de la fortuna; el gobierno no se cansaba de repetir que Maximiliano obraba por su cuenta y riesgo y que no tenía que contar con el país. La Gran Bretaña, cada vez más desligada de México, se afirmaba en una especie de indiferencia burlesca. «No regatearemos nuestra benevolencia al príncipe... si triunfa,» decía lord Palmerston. Durante el otoño de 1863, sir Carlos Wyke, en uso entonces de licencia, fué á Viena, vió al Sr. de Rechberg, se movió mucho, y contestando todas las informaciones de origen francés, negó que el archiduque pudiese encontrar jamás en México un partido bastante fuerte para sostenerlo y afianzarlo (1). La prensa inglesa grababa con rasgos incisivos lo que los ministros de la reina se contentaban con indicar.

El decidido apoyo de Francia ¿compensaría al menos esas frialdades? Hasta entre las personas que rodeaban al emperador, hasta en los consejos de las Tullerías, la empresa mexicana distaba mucho de encontrar un asentimiento unánime. Varios ministros, entre ellos el general Randón, sentían la continuación de nuestros sacrificios. Los hombres de negocios, á excepción de algunos especuladores, se mostraban escépticos sobre los beneficios futuros. Entre los confidentes más íntimos del soberano, algunos, como el general Fleury, se preocupaban poco de la monarquía y deseaban sobre todo un próximo regreso de nuestras tropas (2). La mayor parte de las veces, el respeto á la voluntad imperial contenía las objeciones; pero éstas se cambiaban en secreto, se

(1) Despacho del duque de Gramont, 30 de septiembre de 1863 (*Correspondencia inédita*).

(2) Véase *Souvenirs du général Fleury*, tomo II, pág. 266.

formulaban en la correspondencia y, por discreta que fuese esta oposición, el archiduque hubiera estado muy mal servido por sus agentes si no hubiese penetrado algo de ellos. Lo público, lo que todo el mundo podía oír, era el lenguaje del cuerpo legislativo. A principios de 1864, una petición de créditos suplementarios, aplicables en parte á México, proporcionó á los diputados la ocasión de ejercer su derecho de intervención. En la comisión parlamentaria se formularon muchas preguntas, más vivas y más osadas que de costumbre. ¿Hasta cuándo iban á durar las correrías militares? ¿Cuándo terminaría la ocupación? ¿Dónde se detendrían los gastos? ¿Aseguraría Francia alguna garantía al nuevo gobierno? ¿Había probabilidades de ser algún día reembolsados de nuestros gastos? Así hablaban los individuos de la comisión, rompiendo á pesar suyo el cuadro de su especialidad financiera. Los ministros procuraron disipar los temores; Francia no había contraído compromiso alguno: esperábase que la expedición terminaría á fines del año 1864: en breve plazo México podría contribuir al sueldo y al sostenimiento de las tropas. Incompletamente tranquilizados, los diputados no quisieron aceptar los créditos sin dejar en los documentos oficiales la huella de sus previsoras salvedades. El ponente, Sr. Larrabure, personaje muy adicto al Imperio, pero de carácter independiente, interpretó las ideas de sus colegas en términos que merecen recordarse: «El honor de la bandera quedaba satisfecho y la opinión pública volvía á sus preocupaciones. Dada la situación económica de Europa, dada la situación de nuestras necesidades interiores y de nuestra hacienda, el país quería que se continuase el menor tiempo posible gastando lejos unos recursos que podían ser preciosos cerca. Esas expediciones abrirán quizá nuevos mercados para el cambio de productos; pero por el momento hemos de reconocer que al país le importan menos las ventajas posibles, pero inciertas ó remotas, que las cargas reales y presentes que le cansan (3).» El aviso era formal, y lo más grave es que este lenguaje no emanaba de la oposición, sino que representaba con bastante fidelidad la opinión general del Cuerpo legislativo. La lección iba dirigida á las Tullerías; pero ¿no hubiera debido alcanzar también á Miramar?

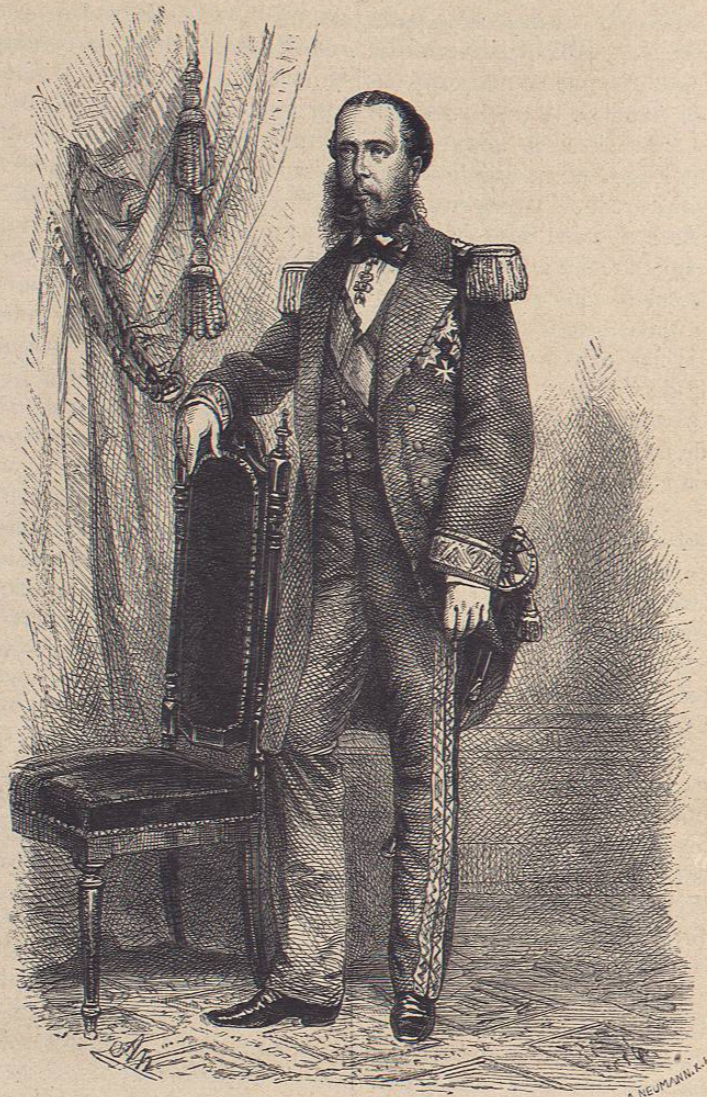
Mientras tanto, nuestros soldados continuaban en México sus marchas laboriosas, con la espada en una mano y la urna electoral en la otra. Allí estimaban que la prueba era suficiente y que sería inútil prolongarla. Sólo quedaba una esperanza de detener la peligrosa aventura. Del Cuerpo legislativo partió en aquella época un segundo y solemne aviso. El 26 de enero de 1864, en el curso de la discusión del mensaje, Thiers y Berryer denunciaron los peligros de la empresa mexicana. Fué un día memorable en la historia parlamentaria. Thiers habló el primero con su acostumbrada claridad, con su habitual abundancia de explicaciones, con una fuerza de razón que maravilló á sus amigos y por momentos conquistó á sus adversarios. Berryer no tomó la palabra sino al final de la sesión y sólo pronunció un breve discurso. Este venerable anciano reunió el resto de sus fuerzas para acudir donde le llamaba su patriotismo alarmado. Todo lo que se podía decir con-

(3) *Monitor* de 1864, pág. 40.

tra la expedición fué dicho en aquella sesión famosa. Ambos oradores hicieron el balance de los sacrificios pasados, establecieron la cuenta de los sacrificios futuros y demostraron la imposibilidad de una monarquía duradera.

A pesar de tales avisos, todo conspiraba para que se cumpliera el destino del infortunado archiduque. Al día siguiente, Rouher replegó á la mayoría un momento

de adhesión. Todo eran esperanzas, y parecía que á los días de guerra iban á suceder tranquilamente los trabajos de la paz. Un día *El Monitor* (1) publicó una circular de Duruy que recordaba al primer Cónsul y la expedición de Egipto: iba á nombrarse una comisión científica para estudiar sobre el terreno las antigüedades mexicanas y buscar los vestigios del imperio de Motezuma.



El archiduque Fernando Maximiliano de Austria, emperador de México

desconcertada, y sólo 47 votos se pronunciaron por la enmienda de la oposición. El gobierno conservó, pues, toda latitud para continuar la empresa y arrastrar en ella á su protegido. En los días siguientes llegaron de México toda clase de buenas noticias. Era la época en que Bazaine terminaba su brillante campaña. Se supo la huida de Juárez y la ocupación de Guadalajara: nuestros soldados iban á llegar al Pacífico, y nuestra ocupación se extendería de un océano al otro. A tan larga distancia se ignoraba cuán frágil era la conquista, y los periódicos oficiosos se burlaban de sus adversarios á quienes trataban de alarmistas y hasta de cómplices del enemigo. A principios de marzo, las correspondencias de *El Monitor* eran del todo triunfales. Por aquel entonces llegaron á Europa los delegados portadores de las actas

De pronto corrió el rumor de una indisposición del príncipe, y se dijo que ésta serviría de pretexto para el aplazamiento y quizá para el abandono del proyecto. *El Monitor* se apresuró á desmentir la noticia. El archiduque no estaba enfermo: se encontraba en Bruselas, cerca de su suegro el rey Leopoldo que no le desanimaba; de allí contaba ir á París y á Londres. El viaje fué fastuoso como la inauguración de un reinado, pero con ese fondo de tristeza que hay en todas las despedidas. En París el brillo de las fiestas veló las inquietudes sobre lo porvenir y lo ilusorio é incompleto de las garantías ofrecidas por Francia á su protegido. El público contemplaba con curiosidad aquel

(1) Véase *Monitor*, 2 y 3 de marzo de 1864.

príncipe de firmes esperanzas, y lo que á los ojos de unos parecía ardimiento y valor, parecía á los ojos de otros credulidad y simpleza. El príncipe mostraba una frente serena y la princesa aparecía radiante y como absorta en el espejismo de su lejano imperio. Uno y otra fueron muy agasajados. Sin embargo, faltó un cumplimiento que hubiera sido el más esencial. En 27 de febrero el Sr. Seward escribió de Washington al señor

chiduque y á su esposa vulgares felicitaciones deseándoles un feliz viaje, y guardaron obstinado silencio acerca de todo lo demás. A la vez que el interés político, deberes de familia habían determinado el viaje de los príncipes á Inglaterra. A pocas leguas de Londres vivía la reina María Amelia, abuela de la archiduquesa Carlota, que quería á ésta entrañablemente. Con la autoridad de sus años, de su experiencia y de su ternura,



La princesa Carlota, esposa de Maximiliano, emperador de México

Dayton, ministro de los Estados Unidos en París: «Si el archiduque va á Francia como pretendiente al trono de México, os abstendréis de toda relación con él. Esto es lo que tengo que mandaros, después de haber recibido las instrucciones del Presidente (1).» La consigna fué rigurosamente observada, y este retraimiento marcó, desde el primer momento, los sentimientos del poderoso vecino del cual había de esperarlo ó temerlo todo el emperador de México.

De París, Maximiliano, Maximiliano I, como ya le llamaban los aduladores, se trasladó á Londres. Los ministros británicos, que se habían abstenido de todo estímulo, persistieron en su conducta: ofrecieron al ar-

había desaconsejado la aceptación de la corona mexicana, y al recibir la visita de sus nietos renovó sus consejos, aunque persuadida de que no iban á ser escuchados. La entrevista fué corta. La princesa sentíase animada de una confianza llena de entusiasmo; el príncipe, conmovido, lloró en el momento de la separación. Cuando los hubo perdido de vista, la reina cayó en brazos de las personas que la rodeaban y repitió varias veces con desgarrador acento: «¡Serán asesinados!, ¡serán asesinados!»

Por grande que fuese la fascinación del imperio mexicano, no se comprende que el príncipe no abriese los ojos al enterarse de las cargas que iba á llevar á México.

Durante el mencionado viaje á París se había elaborado un convenio entre el emperador de los franceses

(1) *Executive document*, 1865-1866, tomo II, pág. 364.